

La libertad moderna y los límites del gobierno

Del mismo autor

La obligación contractual. El contrato como promesa,
Santiago de Chile, 1996

Saying what the law is: The Constitution in the Supreme Court,
Cambridge, 2004

Order and law: Arguing the Reagan revolution - A firsthand account,
Nueva York, 1991

Right and wrong, Cambridge, 1978

Medical experimentation: Personal integrity and social policy,
Nueva York, 1974

An anatomy of values: Problems of personal and social choice,
Cambridge, 1970

Charles Fried
**La libertad moderna
y los límites del gobierno**

Traducido por Estela Otero



Liberty Fund



conocimiento

Primera edición, 2009

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

© Liberty Fund, Inc.
www.libertyfund.org

Título de la edición original:
Modern liberty and the limits of government
by W. W. Norton & Company, Nueva York/Londres

© 2006 by Charles Fried

La edición de esta obra ha sido posible
gracias a los esfuerzos conjuntos
de Liberty Fund, Inc. y de Katz Editores.

ISBN Argentina: 978-987-1566-04-4

ISBN España: 978-84-96859-60-9

1. Libertad Individual. 2. Derechos Individuales. 3. Estado.

I. Otero, Estela, trad. II. Título

CDD 323.44

El contenido intelectual de esta obra se encuentra
protegido por diversas leyes y tratados internacionales
que prohíben la reproducción íntegra o extractada,
realizada por cualquier procedimiento, que no cuente
con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.

08786 Capellades

Depósito legal: B-20.024-2009

Índice

9	<i>Prefacio</i>
11	1. La libertad: la idea misma
39	2. La libertad y sus competidores
65	3. La libertad y los derechos
97	4. La libertad de la mente
129	5. El sexo
151	6. Volver al trabajo
171	7. El espíritu de la libertad

Prefacio

La libertad individual en el Estado administrador de bienestar, la libertad moderna del título, es algo que he tenido en mente desde la década de 1960. Acerca de esa libertad conversaba con los cuatro amigos a quienes dedico el presente libro. La libertad ha estado presente, de un modo u otro, en toda mi obra literaria y de enseñanza (sobre derecho público y privado y sobre filosofía) y en mi trabajo en el gobierno. Cuando Henry Louis Gates Jr., el editor general de esta serie, me solicitó que participara con un volumen sobre la libertad de expresión, no pude aceptar, porque acababa de publicar un libro sobre derecho constitucional, *Saying what the law is: The Constitution in the Supreme Court*, obra en la que la libertad de expresión es un tema fundamental. Como alternativa, propuse ampliar el alcance del trabajo para abarcar la libertad en general, y desde una perspectiva distinta. Mi ambición era hacer para nuestro tiempo y para las sociedades liberales democráticas lo que hace aproximadamente sesenta años Friedrich Hayek había hecho para su época con *Camino de servidumbre*; pero sin la alarma apocalíptica, con total reconocimiento de las cosas buenas que el mundo posterior al *New Deal* trajo para casi todos nosotros.

Desde el principio el desafío fue escribir un libro, si bien con argumentos de fondo y precisos, que fuese al mismo tiempo concreto, inmediato y personal, sin apelar a una formación académica en particular ni desplegar una maquinaria técnica: lo que mi amigo Bruce Ackerman llamaría un libro no para abogados ni para académicos, sino para seres humanos. En esa empresa, fui afortunado con mis

editores: Roby Harrington, que me ayudó a mantener esa línea con firmeza, y Robert Weil, con sugerencias detalladas, enérgicas, apreciativas y entusiastas, difíciles de encontrar en el ámbito editorial en estos días. Bruce Ackerman, Anthony Appiah, Stephen Breyer, Alan Dershowitz, Philip Fisher, Stephen Greenblatt, Janet Halley, Daryl Levinson, Richard Posner, Alan Stone y William Stuntz leyeron borradores de todo o de partes del libro, en sus distintas etapas, y me brindaron mucha ayuda y ánimo en el avance. Les agradezco por la asistencia, el respaldo y su amistad. También me proporcionaron valiosa ayuda editorial y de investigación mis alumnos Daniel Kelly, Tian Tian Mayimin, y en especial Scott Dasovich.

Charles Fried
Cambridge, Massachusetts
Marzo de 2006

1

La libertad: la idea misma

Como un gran líder popular, [Mussolini] le ha dicho a una multitud que lo aplaudía: “Pisotaremos el cadáver corrompido de la diosa de la Libertad”.

W. B. Yeats, *Irish Independent*, 4 de agosto de 1924

[El abate de Mably] odiaba la libertad individual, tal como se odia a un enemigo personal.

Benjamin Constant*

Para Benjamin Constant –que ha sido llamado el primer apóstol de la libertad moderna– “la libertad individual es la primera necesidad del hombre moderno”.¹ Constant y su amiga Madame de Staël,

* Yeats es citado en R. F. Foster, *W. B. Yeats: A life*, Nueva York, Oxford University Press, 2003, p. 265. Benjamin Constant, “De la liberté des anciens comparée à celle des modernes”, discurso pronunciado en el Athénée Royal de París, 1819. Puede consultarse en <www.panarchy.org/constant/liberte.1819.html> [trad. esp.: *Sobre el espíritu de conquista. Sobre la libertad en los antiguos y en los modernos*, Madrid, Tecnos, 2002].

1 Constant, “De la liberté”. Para una perspectiva diferente de la obra de Constant, véase Stephen Breyer, *Active liberty: Interpreting our democratic Constitution*, Nueva York, Knopf, 2005. Considerando la personalidad de Constant, no sorprende que sus palabras hayan sido susceptibles de interpretaciones variadas.

Difícilmente pueda considerarse a Constant un modelo de decisión, rectitud o coherencia, ya fuere en sus alianzas políticas o en su tempestuosa vida amorosa. Despreciaba el *Ancien Régime* pero deploraba igualmente los excesos de los jacobinos en su apoyo al gobierno que lo sucedió. Se enfrentó a Napoleón y se alejó de Francia para evitar a su policía secreta; regresó a Francia con la esperanza de apoyar una monarquía constitucional; acudió al llamado de Napoleón cuando éste retornó de la isla de Elba, pero también acudió al llamado para mantener (o, al menos, respaldar) a la monarquía borbónica restaurada, durante la cual obtuvo un cargo público y sostén económico. Todo esto puede explicar por qué al final de

famosa ella por su empeñada defensa de la libertad, consiguieron sobrevivir a la utopía comunitaria de la república del terror de Robespierre, pero terminaron enviados al exilio por el imperio de lo grandioso de Napoleón. “Por libertad –prosigue– me refiero al triunfo (no sólo la independencia: el triunfo) de lo individual, tanto por sobre la autoridad que podría gobernar mediante el despotismo, como por sobre las masas que querrían subordinar la minoría a la mayoría.” Constant regresó a Francia para presionar en favor de una monarquía constitucional al estilo británico, y cuando el rey Luis Felipe, agradecido, pagó sus muchas deudas, Constant le advirtió que ese gesto no impediría en absoluto que él expresara sus críticas. Se ha dicho que Constant se vendió muchas veces, pero que nunca cumplió con la entrega.² De Constant tomó Isaiah Berlin, en su celebrado discurso *Dos conceptos de libertad*, el contraste entre la libertad de los antiguos y la libertad de los modernos. Constant no creía que ambas fuesen equivalentes.³ La libertad de los antiguos, la libertad de un pueblo para gobernar su propio Estado sin estar sometido a ningún otro gobernante, era con frecuencia lo mejor que los hombres podían desear en una época en que la riqueza estaba ligada a la tierra y el único escape posible conducía al exilio, a la soledad y a la miseria (pensemos en Sócrates, que elige la cicuta antes que el exilio de Atenas). Pero Constant vio que esta “libertad” suele ir acompañada de una aniquilación total del individuo, al modo

su *discours* ante la audiencia del Athénée Royal se retractó: “Lejos, caballeros, de renunciar a cualquiera de las dos formas de libertad, debemos, como acabo de exponer, aprender a combinar las dos”. *Sola Inconstantia Constans* fue el lema que eligió para sí mismo. Su amiga y en ocasiones amante, Madame de Staël, era un personaje más valeroso y admirable. Ella se arriesgó al dar cobijo a emigrados durante el terror, y viajó a Rusia y a Suecia para buscar apoyos en contra de Napoleón. La principal fuente de datos sobre la vida de Constant que consulté es el trabajo de Dennis Wood, *Benjamin Constant: A biography*, Nueva York, Routledge, 1993; véase también Harold Nicolson, *Benjamin Constant*, Londres, Constable, 1949.

2 Émile Faguet, “Benjamin Constant”, en *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle*, 1ª ed., que puede consultarse en <fare.tunes.org/books/Faguet/benjamin_constant.html>. La traducción al inglés es del autor.

3 Isaiah Berlin, “Two concepts of liberty”, en *Four essays on liberty*, Oxford, Oxford University Press, 1969, pp. XLVI, 162-166: “Constant [...] valoraba la libertad negativa más que ningún otro escritor moderno” [la cita pertenece a la edición en español “Dos conceptos de libertad”, en *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1998, Introducción, p. 54].

espartano: “Hace del individuo un esclavo, para que el pueblo pueda ser libre”.⁴ En la época moderna, cualquiera que lleve dinero en la billetera (o una estampilla “inverted Jenny” de colección valuada en una fortuna, o un número de cuenta y una clave bancaria) puede cruzar fronteras y construir una vida nueva en cualquier otro lugar.⁵ La libertad que valoraba Constant es la libertad del hombre de vivir su propia vida como lo crea mejor. En aquel entonces, como ahora, los Estados Unidos de América (país al que Constant pensó en emigrar en su juventud)⁶ eran lo más cercano a ese ideal.

Eso mismo llegué a creer cuando crecí. Mi familia y yo nos vimos obligados a huir de Praga —una de las ciudades más florecientes, más comerciales, más cómodas, burguesas y civilizadas— a causa de un maníaco homicida que, al igual que Robespierre y Napoleón, tenía una visión de la gloria de una nación y de un pueblo, pero no concedía la más mínima importancia a las personas. Luego, cuando Hitler desapareció y mi padre estaba a punto de llevarnos de regreso a Checoslovaquia, otro asesino de masas se puso al país en el bolsillo, con una visión de pesadilla todavía más letal, por ser más practicable: la de una igualdad universal, en la que cada hombre pertenecería a todos y todos los hombres pertenecerían al Estado.

Es la libertad de las personas, no de los pueblos; es la libertad de los modernos a la que (haciendo mío el proemio de la *Eneida*) canto. El mayor enemigo de la libertad ha sido siempre alguna visión del bien. Podría tratarse del bien de la comunidad relacionado con la gloria de una ciudad, una nación, una raza o un partido. Es algo muy

4 Constant, “De la liberté”.

5 “El comercio hace más fácil evadir la autoridad arbitraria, porque cambia la naturaleza de la propiedad, la cual, mediante ese cambio, se convierte en casi inaccesible.”

Constant, *De l'esprit de conquête et de l'usurpation: dans leurs rapports avec la civilisation européenne*, 1814. Mis padres solían repetirme un dicho de Europa Central: “Geld allein macht nicht glücklich —man muss es in der Schweiz haben” [El dinero solo no hace la felicidad; hay que tenerlo en Suiza]. “En la perspectiva de Constant, lo que caracteriza al mundo moderno es el comercio y la producción de bienes, actividades que requieren que haya paz entre las naciones y un máximo de libertad personal para poder desarrollarse con éxito. Por lo tanto, los derechos del individuo a la propia expresión, a la propiedad y a la privacidad han pasado a ser esenciales en las sociedades modernas”, Wood, *Benjamin Constant*, pp. 205-206.

6 Consultó a John Adams, por entonces embajador de los Estados Unidos ante la Corte de St. James, para indagar esa posibilidad.

bien plasmado en la imagen de decenas de miles de esclavos destrozados por el trabajo de construir las grandes pirámides de Egipto, con un resultado que debe haber sido sobrecogedor, y todavía lo es. Es cierto que, además de una búsqueda de gloria, esas tumbas pueden haber sido uno de los intentos más impresionantes y desesperados por sobreponerse al hecho de la muerte, pues encerrada herméticamente junto con el cuerpo preservado del faraón estaba la rica parafernalia de su vida. Pero la gloria siempre fue una vía para la búsqueda de la inmortalidad. Las construcciones de los faraones pudieron obedecer a su propio anhelo de gloria e inmortalidad, pero siempre y en todas partes muchas religiones han estado dispuestas a sacrificar la libertad de aquellos cuyas vidas de algún modo les concernían (se trataría de adeptos o no) en pos de lo que consideraban la mayor gloria de sus dioses. El poder, la magnificencia y la belleza se cuentan entre las glorias por las que los hombres gastaron liberalmente sus propias energías y las energías reacias de los demás. Pero también un estilo de vida, ya sea de gran simplicidad o de compleja observancia de rituales, puede ser considerado un bien tanpreciado como para exigir que otros salgan en su busca. Tómense como ejemplo la pesadilla del ensueño rural que Pol Pot procuró imponer en Camboya, o las intrincadas solemnidades de la corte japonesa medieval.

A menudo, los que se imponen sobre otros están convencidos de que el bien que buscan es un bien para sus víctimas tanto como lo es para ellos mismos, y por eso argumentan que no hay tales víctimas. Pero, con la misma frecuencia, se verifica que no piensan en el bien del oprimido. Hitler pensaba en el bien y en la gloria de la raza germánica –superhombres gobernados por un superhombre–, y la eliminación o el sometimiento de razas inferiores era una parte integral de esa visión; una visión que, obviamente, no se esperaba que esas razas compartieran. Y sin duda, en esta manera de pensar la pregunta por el *cui bono* –“el bien de quién”– queda relegada porque el objetivo es el bien como abstracción, no el bien de alguna persona en particular. La manifestación más clara es la religiosa: el servicio a los dioses no es el servicio a ningún hombre. Pero con esta historia de sometimiento y esclavización corre pareja la pretensión de algunos de conseguir por la fuerza el servicio de otros, ya sea en pos del bien común, del bien del opresor, o

de un bien que es una abstracción separada de esas dos clases y resulta aplicable a todos los casos.

En este catálogo de la opresión, la idea de la igualdad juega un papel significativo, aunque ambiguo. La libertad es tan importante que todos deberían tenerla en la mayor proporción posible. Pero hay otra manera de considerar la igualdad: la igualdad es tan importante que no sólo la libertad, sino cualquier otra cosa buena debería poder gozarse sólo en la medida en que sea posible gozarla de manera igualitaria. En este último sentido, la igualdad se parece más a los otros bienes que he mencionado (la gloria de la nación, el servicio a los dioses): es un bien que invalida el bien de las personas particulares, en tanto el bienestar de algunos se sacrifica en pos de ese bien, e incluso si lo que ocurre es que el bienestar de los demás no se incrementa. Esta situación exige nivelar hacia abajo (lastimar deliberadamente a algunas personas, y no ayudar a otras), si es que ésa es la única manera de acercarse a la igualdad. Ése era el proyecto de Pol Pot cuando vació las ciudades de Camboya de los habitantes más educados y más prósperos, a los que mató u obligó a retirarse hacia los campos; es como si la igualdad fuera una meta como la Gran Pirámide. La visión de la igualdad como una Gran Pirámide subordina los bienes particulares (el bienestar de los individuos) a esa única abstracción grandiosa.

Podemos saber qué es lo que cuenta como poder de una nación: su riqueza, o sus conquistas triunfales. Aquellos que buscan la gloria de sus dioses parecen saber en qué consiste esa gloria. Pero, ¿qué es la libertad? He aquí una idea muy general, una primera idea.

LA LIBERTAD ES LA INDIVIDUALIDAD HECHA NORMA

Los individuos están primero.⁷ Quien diga lo contrario trabaja con metáforas. Existen sociedades, naciones, familias, equipos, pero

⁷ Véase Ludwig von Mises, *Human action*, New Haven, Yale University Press, 1949, p. 143: “La sociedad no es otra cosa que la combinación de los individuos en un esfuerzo cooperativo. No existe más que a través de las acciones de los hombres, individualmente” [trad. esp.: *La acción humana*, Madrid, Unión Editorial, 1980].